

LA PRÁCTICA

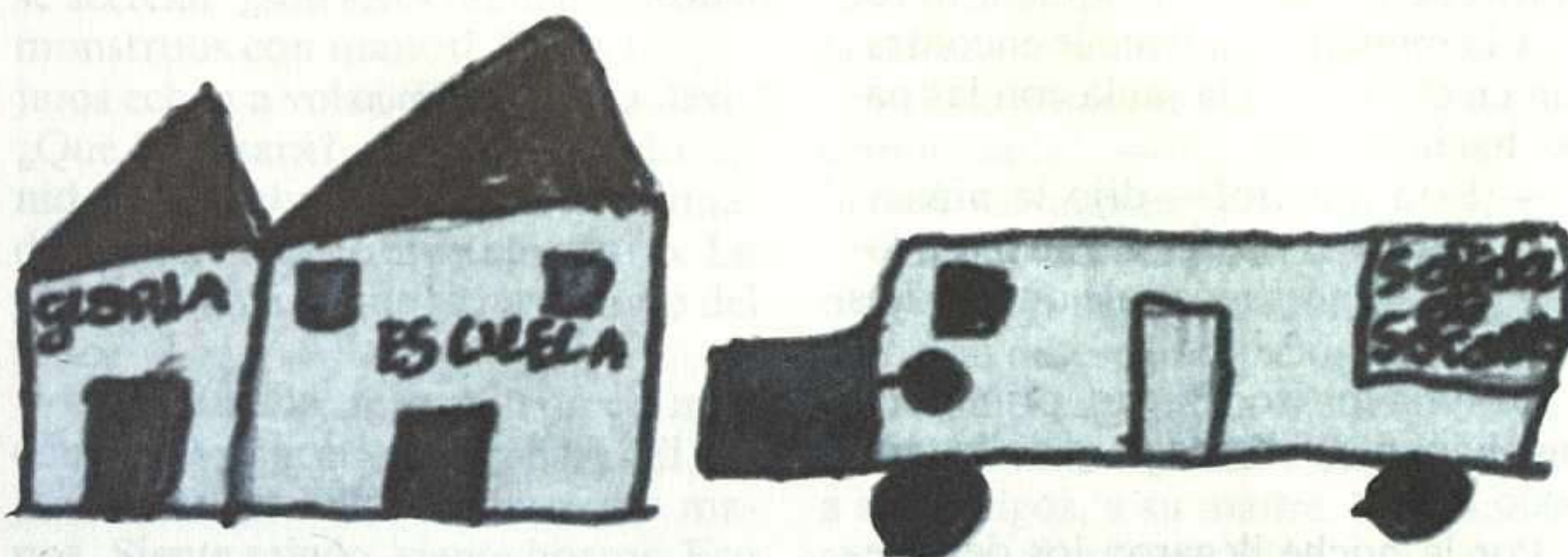


OLGA ROPERO.

El bibliobús

por Eduardo Bajo Álvarez*

El bibliobús es una iniciativa promovida por el Centro de Bibliotecas de León para acercar los libros a las diferentes poblaciones de la provincia. El articulista expone en las líneas que siguen el desarrollo y la excelente acogida de tal iniciativa por parte del público en general, y del infantil y juvenil en particular.



Félix Rodríguez González. 5º EGB Colegio Conde Luna, Mataluenga (León).

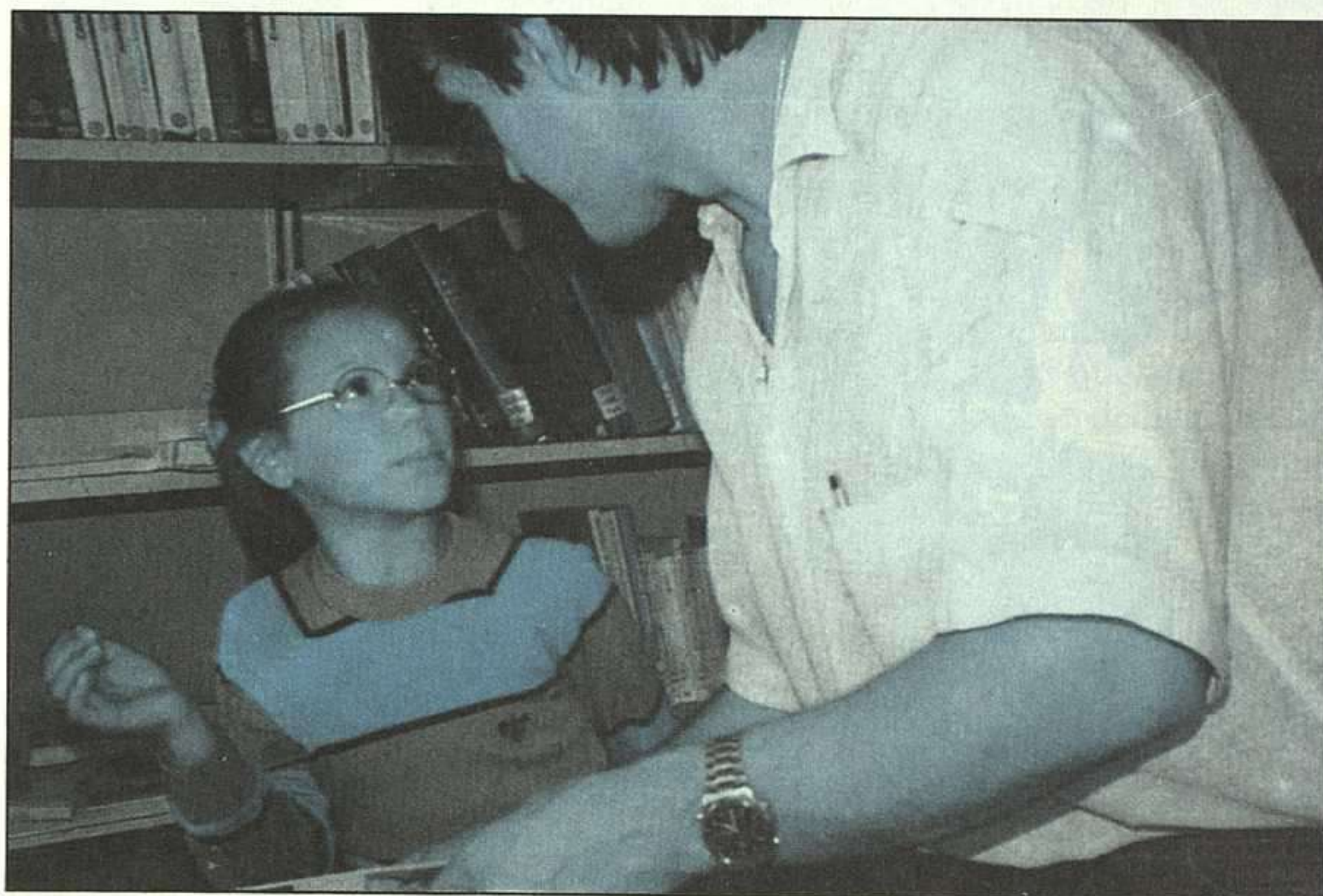
Recorre los barrios de algunas grandes ciudades, abriéndose paso a *codazos* en los atascos y buscando inútilmente un sitio tranquilo donde aparcar. Prefiere sin embargo los espacios abiertos, los cielos limpios, las solitarias carreteras de montaña que discurren bajo la umbría de los hayedos y robledales de la cordillera Cantábrica o bajo el sol de justicia que hace madurar las cosechas en la Meseta.

Por esos caminos, llamando la atención del ganado que pasta en las praderas, provocando la ira de los mastines que guardan los rebaños y sorprendiendo a quienes se cruzan con él, llega el bibliobús a muchos pueblos, lejanos no tanto por la distancia como por el olvido de todos.

Son pueblos con una pequeña plaza donde corren los niños y pasean los viejos buscando los tenues rayos del sol otoñal, con un campanario que a veces toca a misa, a bautizo, a boda o... a muerto.

La biblioteca móvil o bibliobús es un vehículo convenientemente adaptado para transportar libros y otros materiales bibliográficos a núcleos de población que por cualquier razón, económica casi siempre, no pueden disponer de una biblioteca: en la provincia de León, por ejemplo, sólo 34 pueblos cuentan con biblioteca pública. De éstas, apenas varias pueden abrir un par de horas al día por falta de personal idóneo que, en no pocos casos, trabaja de forma desinteresada. Pero no es voluntarismo lo que las bibliotecas necesitan, sino más atención por parte de los poderes públicos y más profesionalismo.

Así pues, las personas que viven en estas pequeñas poblaciones no tienen por qué sentirse frustradas, pues el bibliobús, aunque en un principio pueda resultar pintoresco, es una biblioteca como otra cualquiera que lleva en



OLGA ROPERO

su interior varios miles de libros cuidadosamente seleccionados para ayudar en los estudios, en el trabajo o sencillamente entretener a quienes se tomen la molestia de acercarse a él.

En esta provincia, cuatro bibliobuses atienden a más de cuatrocientos pueblos de diferentes comarcas, algunos de los cuales se encuentran a más de dos horas de viaje de la capital.

El fondo bibliográfico del bibliobús no se limita a los libros que transporta, pues éstos no bastarían para cubrir las necesidades de tantos pueblos como visita a lo largo del mes. La mayor parte de ellos están en la biblioteca, depósito, base de operaciones o como quiera llamarse y con ellos se van reponiendo los libros que los lectores retiran diariamente.

Pero una biblioteca no es sólo un montón de libros. Lo que convierte a una colección de libros, grande o pequeña, en biblioteca es el hecho de estar ordenados y dispuestos para ser utilizados por la gente. De ahí que los libros del bibliobús estén catalogados, clasificados y ordenados.

En el interior del vehículo hay una pequeña mesa, en la que se guardan las fichas de los libros, se extienden



LA PRÁCTICA



OLGA ROPERO.

las tarjetas de préstamo a quienes lo solicitan y se atiende a las demandas de los lectores. Las paredes están cubiertas de estanterías en su totalidad y en éstas pueden encontrarse libros de todos los géneros (novela, teatro, poesía, ensayo...) de las más variadas materias (agricultura, historia, medicina, deportes, informática, hogar, bricolage...) y para todas las edades (libros para niños que aún no leen, las mejores colecciones infantiles y juveniles y libros para adultos). Hay además un servicio que atiende las peticiones de libros que en un momento dado no están disponibles.

En cuanto al personal, se observa que en este curioso autocar no hay «cobrador», ya que es un servicio público y gratuito. En algunas provincias

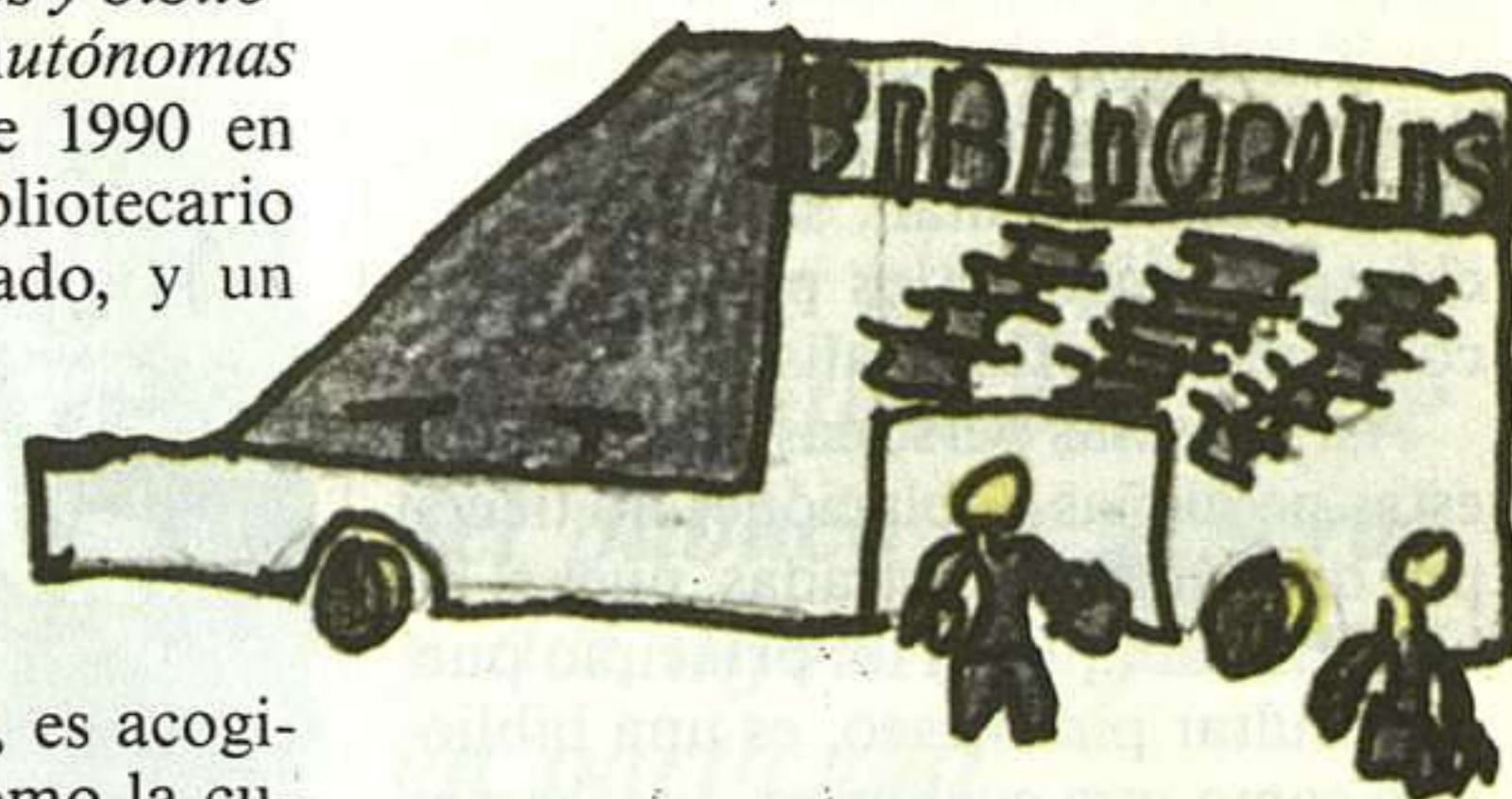
se empezó dotando a los bibliobuses de una persona que hiciera las veces de conductor y de bibliotecario a la vez, pero, finalmente, ha prevalecido el *carácter de biblioteca sobre la circunstancia de móvil* y se ha acabado imponiendo la fórmula —que por otra parte es la recomendada en la *mesa redonda sobre archivos y bibliotecas en las Comunidades Autónomas* reunida el 23 de junio de 1990 en Guadalajara— de «un bibliotecario con titulación de diplomado, y un conductor que actúe como subalterno en las paradas», según el boletín XXXIX de la ANABAD.

La primera vez que el bibliobús visita un pueblo, es acogido con extrañeza, pero, como la cu-

riosidad es más fuerte que el recelo, pronto acude la gente: desde dos o tres personas, hasta la afluencia masiva en algunos sitios en los que se reparten libros durante varias horas sin interrupción. Después, cada vez que el bibliobús llega anunciándose con su música y, tras recorrer las calles del pueblo, se detiene a la puerta del Ayuntamiento o de la escuela, los niños saltan de los pupitres, los ancianos rebuscan presurosos por toda la casa e intentan recordar «dónde demonios les han puesto los libros», las mujeres se quitan el delantal y el labrador, que ya salía con el tractor hacia las tierras, vuelve sobre sus pasos o, mejor dicho, sobre sus ruedas. A pesar de que las visitas se anuncian con antelación y por varios conductos, siempre los sorprende haciendo algo... ¡Los libros!

Con el tiempo, el bibliobús llega a formar parte de la vida de los pueblos, como la furgoneta que trae el pan o el camión que viene a recoger la leche. De las continuas visitas a lo largo de las cuatro estaciones, nace una relación cordial entre el bibliotecario y los lectores que favorece el entendimiento tan necesario entre ambos: el bibliobús es el primero que sabe si la cosecha va a ser buena, si por fin hacen el pantano, si nieva en la montaña o hiela en el llano, e incluso si el hijo de Alejandro, que estudia Derecho en León, ha pasado a segundo: «Aquí le traigo los libros que, por cierto, le vinieron muy bien al chaval» —dicen a veces.

De este modo llegamos a conocer



Agustín Galleguillos Ballesteros. 1º EGB. Azadinos.



los gustos de los lectores hasta tal punto que podemos decir «Por fin nos han devuelto *Luna de lobos*, así que se lo he guardado porque recordé que llevaba bastante tiempo detrás



de él», o bien: «Mira, hoy traemos novedades, el último de Oriana Fallaci».

Quizá por los condicionamientos propios de la vida rural, la mayoría de las personas que visitan el bibliobús son mujeres y, además de elegir sus propios libros, son frecuentemente depositarias de la confianza de sus hijos o maridos en materia bibliográfica, ya que los hombres suelen estar en el campo o en la mina, según las diferentes comarcas, y los jóvenes están estudiando o trabajando en la capital.

Empiezan viniendo a buscar algún tebeo para «tener ocupados» a los pequeños revoltosos que aún no van a la escuela, y casi siempre acaban llevándose una novela, un libro de decoración o de jardinería por ejemplo. Otras veces son los niños los que por propia iniciativa se llevan algún libro para los demás: «Uno de la guerra del abuelo, uno de política para mi padre, o una de 'la Gata Cristi' —como hace unos días pedía una pequeña— para la madre».

Un reciente estudio de la UNESCO para medir «la calidad de los servicios bibliotecarios» en Suecia, pone de manifiesto que los principales usuarios de las bibliotecas públicas son los niños, mientras los adultos raras veces las visitan. Este fenómeno que ha sorprendido a todo el mundo, tanto más por cuanto que el sistema bibliotecario sueco está entre los mejores del mundo, se observa en casi todas las grandes bibliotecas públicas y no menos en los humildes bibliobuses. Quizá el mundo rural no sea tan diferente al de las grandes urbes.

La atención a los niños es pues im-

portantísima, por eso casi la mitad de nuestros libros son infantiles o juveniles, por eso estamos atentos a las novedades editoriales y por eso somos lectores asiduos de *CLIJ*.

Este interés por satisfacer las demandas de los niños choca a veces con la incompreensión de muchos padres, que obstaculizan o impiden rotundamente el acceso de sus hijos o alumnos al bibliobús so pretexto de que «les quita tiempo para estudiar». No menos lamentable es que algunos pedagogos piensen que dedicar media hora al mes para visitar el bibliobús con sus alumnos, es una pérdida de tiempo.

La lectura es una actividad enriquecedora que las bibliotecas ponen al alcance de todo el mundo, pero leer no es tan fácil como ver la televisión, oír la radio u hojear una revista. Además, saber leer y escribir no basta. Hay muchos jóvenes en edad escolar que únicamente manejan los libros de texto y, cuando finalizan los estudios, ya ni esos.

Para evitar que esto se produzca, padres y profesores han de facilitar a los jóvenes el acceso a las bibliotecas y, paralelamente, los bibliotecarios han de intentar no defraudar las expectativas de los usuarios y hacer de la biblioteca, del bibliobús, un lugar atractivo. De todas formas, lo habitual es que los maestros acompañen a sus niños al bibliobús y les orienten en la elección de libros. También dan ideas sobre los libros que conviene adquirir y facilitan la participación de los niños en las actividades de animación a la lectura que se llevan a cabo desde el bibliobús.

Como los adultos somos un caso perdido, poco se puede hacer por nosotros. Resulta sorprendente que en la época en que vivimos, en plena civilización del ocio —a veces forzoso— seamos capaces de decir sin sonrojo «que no hay tiempo para leer». Más que sorprendente, es falso. Nunca en la historia del hombre se ha perdido tanto tiempo. Es más, el problema de



OLGA ROPERO

muchas personas es cómo perderlo, cómo escapar del aburrimiento. Basta una visita a unos grandes almacenes para comprobar el enorme mercado que se ha desarrollado en torno al tiempo «libre» (no vamos a llamarlo ya perdido) y que, al parecer, va en aumento.

Detrás de esta excusa suele encontrarse siempre un «analfabeto funcional», una persona que un día aprendió a leer pero que no hace uso de esta facultad y es incapaz de recordar la última vez que tuvo un libro en las manos o estuvo en una biblioteca para otra cosa que consultar el BOE.

Los jóvenes acuden al bibliobús buscando entretenimiento y suelen llevarse historietas para pasar el rato. Esto puede inducir a muchos padres o maestros que buscan resultados inmediatos, a pensar que su hijo o

alumno está perdiendo el tiempo. Sin embargo, tarde o temprano dará el salto a otro tipo de libros más complejos que le ayuden en sus estudios y le descubran nuevas historias y horizontes.

Otro beneficio que presta el bibliobús es el de formar a los usuarios para desenvolverse en las demás bibliotecas. El niño que sabe moverse en su primera biblioteca, el bibliobús de su pueblo, aprende a interpretar la información que figura en los tejuelos, descubre el orden que rige la colocación de los libros, sabe seleccionar lo que le conviene y no duda en pedir lo que no encuentra. De este modo perderá el «respeto» a la biblioteca y la visitará de vez en cuando donde quiera que vaya.

A los niños no hay que enseñarles a ver la televisión. A los adolescentes

tampoco les enseñan a sentarse en las aceras esperando que la tarde se consuma en forma de una botella de cerveza. A los adultos nadie les enseña a dar rienda suelta a su agresividad en los estadios ni a derrochar tiempo que les sobra y el dinero que no tienen todo tipo de juegos de azar. Por eso, el tiempo que dedicamos a leer es un tiempo ganado al tedio, al ocio inútil, a la marginación.

Por la mañana temprano el bibliobús emprende su carrera. En una de sus estanterías hay un libro, por cierto no muy leído, que se llama *À la recherche du temps perdu*. ■

* Eduardo Bajo Álvarez es encargado del bibliobús del Centro de Bibliotecas de León.